

PARA VER "HABÍA QUE UTILIZAR LAS MANOS"

Fernando Gómez de Liaño Cobadela

No recuerdo la fecha exacta en que conocí al doctor Antón Beiras García, pero recuerdo una idea que lanzó en un congreso de oftalmología en la que nos decía que para ver "había que utilizar las manos". Ya entonces había empezado a trabajar para construir un aparato con el que lograr la recuperación de la visión binocular en los estrabismos. Tengo que reconocer que tanto a Mario Esteban como a mí nos apasionó su deseo, porque entendíamos que ese era un camino que debía seguirse, pero que lograrlo no era fácil. Después sostuvimos una verdadera amistad; además de interesarnos la misma especialidad, estábamos haciendo de ella una gran parte de nuestra vida, y ya no dejé de saber de su vida personal y proyectos científicos. Le admiraba tanto que le consideraba como el que estaba más preparado en toda España para emprender esta labor. Me mandaba las ideas que iba plasmando en esquemas de una forma fácil de comprender. Desde 1954, como consecuencia de querer solucionar el problema que tenía su segundo hijo, con estrabismo, recorrió toda Europa en compañía de su mujer, Antía, porque se conocía muy poco la estrabología en España, (Castañera publicó su célebre libro en 1952) y en Europa había ya gran preocupación; las normas de las escuelas inglesas, suizas y alemanas se estaban extendiendo por todo el continente; durante estos años visitó de este a oeste estos países, llegando a tener gran relación con el profesor polaco Starkiewicz (Stettin-Polonia), que tenía ideas muy parecidas y las habían estado desarrollando

casi al mismo tiempo sin saber ninguno de los dos lo que estaba haciendo el otro.

Antes de trabajar en su principal proyecto, desde 1943, había publicado en los archivos de la Sociedad Oftalmológica Hispano Americana (SOHA) diversos trabajos, pero hasta 1960 no apareció el primer estudio referido al control fotográfico de la desviación estrábica. Después me enteré de que ya en 1958 había presentado en la Academia Médico Quirúrgica, en Vigo, el Vigoscopio, nombre que había dado al aparato con el que soñaba, porque era un gran patriota y amaba a Galicia de tal manera que quiso rendir un homenaje a Vigo para que su nombre siempre fuese recordado.

A partir de este momento trabajó incansablemente hasta su muerte, de una manera intensa e ilusionada, para así poder curar a su hijo y solucionar las dificultades que se iban presentando. Soñaba con soluciones que entonces no existían y que años después de su fallecimiento se han resuelto. Él no solo fantaseaba con hacer un aparato en que se pudieran estimular las dos foveolas y al mismo tiempo con esta estimulación se pudieran manejar las manos para controlar los movimientos con ellas, sino que, además, pretendía que, si se movían estas imágenes, automáticamente pudieran los test estimulantes volver a proyectarse sobre las foveolas. No lo pudo conseguir y el último trabajo que presentó se publicó en 1968: "Posibilidades inmediatas de un sinoptóforo en televisión, miniaturizado".

Nosotros le habíamos instado a dar una conferencia y a participar en una mesa redonda organizada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid junto con los doctores A. Arruga, A. Castañera, A. Villa y yo mismo, dirigidos por el catedrático de Madrid José Pérez Llorca. Dos días antes recibí

una carta digna de ser tenida en cuenta siempre que se quiera dar un ejemplo a seguir; la carta se leyó a los asistentes y en ella decía que no podía asistir a la reunión porque se estaba muriendo, que había dedicado sus últimos años a la estrabología, a la que había entregado incluso su capital y parte del de su mujer. Después de leída, no volví a saber de ella.

Otros aparatos construidos bajo su dirección por él y por sus colaboradores, dos ingenieros y técnicos en la Escuela de Electricidad y Electrónica de la Armada (ETEA) situada en Vigo, fueron el alternoobturador, el quinepleoscopio, la estimulación con test móviles, el ortocine, la estimulación muscular por radio frecuencia, los prismas hidroelásticos de variación automática... Yo sé lo que tuvo que moverse y luchar para que conocieran sus trabajos por toda Europa y América, hasta el punto de que la Universidad de Columbia le ofreció su centro de experimentación para que continuara allí sus proyectos cuando ya los trabajos estaban muy avanzados.

¡Y todo esto lo hizo en los últimos diez años de su vida! Sé, sin duda, que Antón tuvo muchos momentos de alegría, pero también de incompreensión por parte de colegas y autoridades, aunque también recibió apoyos como el de la Caja

de Ahorros Municipal de Vigo, que hizo aportaciones económicas a sus proyectos. Podemos afirmar, sin duda alguna, que fue el más ingenioso estrabólogo que hemos tenido en la ortóptica española. Fue una desgracia que muriera tan joven y que no conociera los avances técnicos que se produjeron posteriormente, ya que, aunque se intentó hacer una fundación después de su fallecimiento para que continuase su labor, no se pudo conseguir, porque no existía la personalidad que se necesitaba para proseguir su obra, aunque haya habido amigos que intentaron continuarla. Dormía dos o tres horas, era exquisito en el trato y con un sentido del humor maravilloso. Casado con Antía Cal, ella le apoyó constantemente y, a pesar de los muchos años pasados, le tiene siempre presente y sigue insistiendo, junto a sus maravillosos hijos, en la posibilidad de que se continúe su labor, que bien lo merece nuestro país.

Muchas gracias a toda la familia por muchas cosas, pero sobre todo por la fe que tuvieron en su marido y padre, y por el ejemplo que nos han dado a todos los que le tratábamos. Pienso que es lo que sentimos todos los oftalmólogos.